

Pancracio. (gritando.) Pablo! Pablo!.....

Pablo. ¿Qué quieres?

Pancracio. Ven á oír cantar. (A Gregorio.) Delira este niño por la música: no dudo que con el tiempo haga prodigios. (Gregorio tose.) Afina la voz, hijo, afinala. ¡Atención! ¡Atención!

(Gregorio canta, Pancracio lleva el compás con una varita, Guadalupe pasea á la niña, Pablo se pone en cuclillas enfrente de Gregorio imitando su gesticulación.)

Gregorio. (cantando).

Tus ojuelos, niña,
me matan de amor,
me.....matan.....de.....

Guadalupe. (oyendo llorar á la niña, canta.)

A la rorro, niña,
y á la rorro ya.....

Pancracio. No interrumpas.

Guadalupe. Dejaré entonces llorar á Virginia.

Pancracio. Tienes razón. Pero afortunadamente ya calló. Prosigue, Gregorito.

(Guadalupe continúa paseando á la niña, Pancracio lleva el compás, Gregorio canta, Pablo lo acompaña involuntariamente.)

Gregorio y Pablo (cantando.)

Tus ojuelos, niña,
me matan de amor,

me.....matan de.....amor.....

me.....matan de.....amor.....

Guadalupe. (arrullando á la niña, que llora.)

A la rorro, niña,
y á la rorro ya,
porque viene el coco
y te comerá.

Pancracio. (aplaudiendo.) Bravo! todos lo hacemos á las mil maravillas. Parece cosa de ópera.

Gregorio. ¡Oh! muy bien, Doña Lupita: decía vd. que no sabía cantar, y sin embarbo nos ha dado una peregrina muestra de su habilidad.

Guadalupe. (corrida.) Es que... Virginia... como la tos no la deja dormir...

Pablo. (saltando y rascándose la cabeza con las dos manos.) Papá!... Papá!...

Pancracio. ¿Qué quieres, hijo? ¿qué quieres, mi vida?

Pablo. Tengo hambre.

Gregorio. (involuntariamente.) Y yo también.

Pancracio. ¿Qué?

Gregorio. (cortado.) Y yo también... y yo también no dejo de hacerlo mal en la guitarra.

Pancracio. No te entiendo.

Gregorio. No se ya ni lo que digo, porque siento en el estómago... siento en la

cabeza... que... que... Preciosa es tu casa, Pancracio.

Pancracio. Y que no la has visto toda. Ven, te la enseñaré.

Gregorio. Para qué te has de molestar, otro día será.

Pancracio. No, ahora mismo: si mi mayor placer será que tú la veas.

Gregorio. Pero...

Pancracio. Ten más franqueza conmigo, hombre. Admite mi invitación, y levántate. (Gregorio obedece suspirando, Pancracio le va mostrando lo que el diálogo indica.) Este es el cuarto de mi mujer; en él sólo duermen ella, Pablo y Virginia, la nodriza y dos criadas que acompañan á Guadalupe, porque es muy medrosa. Bien que ahora está en apuros la pobrecilla, porque se han ido las dos: si tú supieras de alguna que sea limpia y honrada... Mira: aquí duerme el gato, ó por mejor decir, aquí debía dormir; pero él, como es tan mono, siempre se va á acostar á los pies de mi mujer.

Gregorio. Muy bien me parece.

Pancracio. El perro duerme debajo de la cama. No te ha salido á recibir porque está encadenado ahora. Y qué oído tan fino tiene el maldito! apenas se mueve un ratón ó una mosca, cuando empieza ladra y ladra y ladra.

Gregorio. Pues debe de ser muy dulce á eso de las dos de la mañana oírle entonar semejante aria.

Pancracio. No, eso no nos da cuidado, que entro luego con un látigo, y zas! Este otro cuarto es el mío: aquí solamente duermo yo porque ni soy medroso, ni me gustan importunos que me estén contando cuentos cuando sólo pienso en dormir. A un lado de mi cama cuelga siempre la jaula del perico, y más allá los pájaros. El gallo y las palomas habitan en la cocina, y solamente los traigo aquí cuando duerme conmigo algún huésped.

Gregorio. No alcanzo la razón de esa providencia.

Pancracio. Como regularmente el huésped es amigo mío, traigo esos animalejos para que se divierta con ellos, porque yo quiero que mis animales sean de mis amigos.

Gregorio. Muy bien pensado.

Pancracio. Cuando pienses regresar á Puebla, me das aviso, para que te dé yo un cochinito muy lindo que tengo.

Gregorio. Doite las gracias; pero ¿cómo lo llevo si voy en diligencia?

Pancracio. Lo sé; pero te lo echas en las piernas, tapándolo con tu capa, y va el animalito como un emperador en su carroza. Esta es la asistencia. Mira qué reloj tan guapo: me costó... yo te diré... me costó... no sé si ciento ó doscientos pesos... Pero no te dé cuidado: ahora iremos á buscar la cuenta del relojero, y saldremos de la duda. ¡Qué campana tiene, hombre; se

oye hasta el zaguán. (Tira de la cuerda, y da el reloj las seis.)

Gregorio. ¡Las seis! Desde las ocho de la mañana mi estómago...

Pancracio. (tirando otra vez de la cuerda.) ¿No te parece buena campana?

Gregorio. Sí.

Pancracio. (sonando tercera vez la campana.) Nota la finura del sonido...

Gregorio. Sí, ya mis oídos lo han notado bastante.

Pancracio. He aquí el comedor.

Gregorio. ¡Ah!

Pancracio. Aquí no hay nada que no sea comible, porque no he querido en él nada que no sea para comer.

Gregorio. Buen gusto tienes á fe.

Pancracio. Hemos llegado á la cocina: aquí no hay nada particular que ver, si no es la chimenea que le puse á la campana. Sube al brasero.

Gregorio. Pero...

Pancracio. Sube.

Gregorio. Quisiera yo.

Pancracio. Sube.

Gregorio. (Sube mirando su vestido y con semblante triste.) Ya obedecí. (Sube Pancracio, y levanta en peso á Gregorio rozándolo con la pared.)

Pancracio. Cómo pesas!

Gregorio. Pero, hombre, ¿qué pretendes hacer de mí?

Pancracio. ¿Alcanzas á ver la chimenea?

Gregorio. Que chimenea ni qué calabazas, si ya se me llenaron los ojos de tierra.

Pancracio. No ha de ser tierra, será...

Gregorio. Lo que tú quieras: el caso es que ya no soporto el ardor de los ojos.

Pancracio. Después comerás un poco de sal; por ahora has un esfuerzo por ver la chimenea: es invención mía: obsérvala bien para que pongas otra igual en tu casa.

Gregorio. (tosiendo.) Cu! cu!... me parece... cu! que ya para broma... cu! cu!... basta... cu!

Pancracio. ¿Qué tienes?

Gregorio. Tos... cu! cu!... Ya me ahogo... cu! cu!...

Pancracio. Eso consiste en la bella construcción de la chimenea; porque como tu cabeza está precisamente en la embocadura, y ahí se va recogiendo el humo... (Gregorio desesperado hace un esfuerzo y cae rompiendo una olla y ensuciándose el pantalón.)

Gregorio. Vive Dios, que ya no se puede tolerar esto.

Pancracio. ¿Qué te sucede? ¿Estás loco? ¿Porqué te dejas caer?

Gregorio. Porque... cu! cu!... porque... cu! cu!...

Pancracio. Pobre Gregorio: te has puesto hecho un asco: Iremos después á que te limpies. Mira qué espaciosa azotehuela.

Gregorio. Tienes razón; pero yo quisiera que terminaras la revista. Mi estómago...

Pancracio. Nota que ese lavadero tiene una tabla en el fondo para que la ropa no se despedace; otros suelen poner una losa y hasta una piedra; pero yo....

Gregorio. ¿Sabes que el olor de las ollas ha despertado en mí un apetito que....

Pancracio. Allí está el común: observa qué limpieza! qué "propreté," como dice Pablo.

Gregorio. Todo está muy bueno, pero...

Pancracio. Vamos á la azotea: ¡qué vista tan hermosa tiene....

Gregorio. Primero me matas que hacerme pasar un punto de aquí. Ya estoy cansado de recorrer la casa; ya no puedo más, ya el diablo me lleva, y estoy por echarme de cabeza en un pozo.

Pancracio. Pero, hombre, ¡que dés ahora en esas ideas!

Gregorio. Mas no sino déjate llevar, Gregorio, y déjate hacer cuanto quieran, que has nacido para ser el hazme-reír de todo el mundo.

Pancracio. ¿Pero quién dice eso?

Gregorio. Yo, que he venido á comer invitado por tí, y tan solamente he comido humo.

Pancracio. Tienes rarezas, Ventrículo: ¡qué mal te conocía yo!

Gregorio. Y tú, Pachorra, las tienes también; y si te hubiera conocido, no viniera á tu casa.

Pancracio. Riñeme, hijo riñeme cuanto

quieras si ese es tu gusto, que yo solamente deseo tu placer.

Gregorio. Pues si deseas mi placer, dame algo que manducar.

Pancracio. Al punto. ¿Por qué no lo dijiste antes? Ya en la mesa esperándonos está la comida.

Gregorio. Eso pido.

Pancracio. ¿Estás contento?

Gregorio. Y mucho.

Pancracio. Pues dame un abrazo!

Gregorio. Qué me place. (Abrazanse. Llegan Guadalupe y Pablo, y siéntanse á la mesa.)

Pancracio. Sin ceremonias, Gregorio, sin ceremonias.

Guadalupe. ¡Ay cómo me disgustan los hombres ceremoniosos.

Gregorio. Así soy yo; y para que vean vds. cómo es cierto lo que digo, voy á usar de tal franqueza como si estuviera en mi casa.

Pancracio. Así me gusta.

Gregorio. Cuando uno tiene hambre, no piensa más que en comer; por consiguiente abro camino. (Toma un plato para echarse de comer.)

Guadalupe. No tanto, señor Ventrículo, basta con eso.

Gregorio. (sorpresa). ¡Cómo!... pues... (Irritado). Yo entendía que en esta casa comía uno lo que se le antojara.

Pancracio. Así es la verdad.

Gregorio. (temblando de ira y reprimiéndose). ¿Pues cómo se me pone tasa en el comer?

Pancracio. (á Guadalupe). ¿No te dije que era algo bilioso?

Guadalupe. Sí, pero ahora no hay motivo. Me ha puesto mucho arroz, y le digo que no quiero tanto.

Gregorio. (confundido). Es verdad... yo... maldita la intención que tenía de... (Dale el plato y toma otro para sí).

Pablo. (arrebátandose). ¡Jesús, cuánto arroz! con este tengo.

Gregorio. Paciencia. (Toma otro).

Pancracio. Siento mucho que te estés molestando; pero si es para mí ese plato, échale una ala de pollo.

Pablo. Yo también quiero ala de pollo; yo también quiero ala de pollo. (Gregorio se hace el desentendido y trata de ponerse arroz, Pablo le arrebatla la cuchara y la sopera). Pues si no me dan, yo tengo manos. (Empieza á revolver el arroz de la sopera y á comer de ella como si fuera de su plato: Gregorio se sienta mirándolo).

Pancracio. ¿Qué, no comes?

Gregorio. No me gusta el arroz.

Guadalupe. Pues coma vd. de esto, que está sabrosísimo.

Gregorio. ¿Qué cosa es?

Guadalupe. Pruébelo vd. (Gregorio obedece y empieza á hacer gestos y contorsiones).

Pancracio. ¿Estás loco?

Gregorio. ¡Ah!... ¡ah!... Es fuego....

Guadalupe. ¡Qué fuego! es chiltipiquín.

Gregorio. (levantándose). ¡Uh!... ¡uh!... ¡uh!...

Pancracio. Come sal, hombre, come sal...

Gregorio. (pateando el suelo). Para todo quieres que coma sal. ¡Ah!... ¡uh!... ¡uh!... ya no aguanto... ¡Uh!... (Guadalupe se levanta con una cuchara llena de sal, y se la vacía en la boca).

Guadalupe. Cómala vd., cómala vd.

Pablo (que ha cogido un plato de pescado, y comido de él). ¡Ay!... ¡ay!... que me aho... go....

Pancracio y Guadalupe. ¿Qué es?

Pablo. (llorando). Me.... me.... me pi.... pi.... pica....

Pancracio. Hueso de pescado sin duda.

Guadalupe. ¡Se muere!

Pancracio. (á Gregorio). Corre, amigo, corre. Aquí á la vuelta vive un cirujano, ve pronto por él.

Gregorio. ¿Yo?

Guadalupe. (dando golpecillos en la espalda á Pablo). ¡Se muere! ¡se muere!... Haz por tragar....

Pancracio. (empujando á Gregorio). Ve corriendo, Gregorito, ve corriendo....

Pablo. Ya, ya pasó.

Gregorio. Bendito sea Dios. Y ahora que

pasó el hueso del pescado, ¿me podrán dar vds. un poco de agua ó pulque?

Guadalupe. Tomará vd. vino: ¿cuál es el que más le gusta á vd.?

Gregorio. El tinto.

Pancracio. Magnífico lo tengo. Pablo, saca de allí una botella. (Pablo trae una botella, y bebe de ella Gregorio).

Gregorio. (haciendo gestos y con ojos lacrimosos). Con mil demonios, esto es vinagre.

Pancracio. (riendo). ¿Es vinagre?

Guadalupe (id). ¿Es vinagre?

Pablo. (id). ¿Es vinagre?

Guadalupe. ¡Silencio!... Parece que llora la chiquita. ¿Oyes algo, Pancracio?

Pancracio. Creo que sí. ¿Es cierto, Gregorio?

Gregorio. No, aprensión de vds., Virginia estará durmiendo.

Guadalupe. (levantándose). No, llorando está. Ya voy, mi alma, ya voy. (Vase corriendo).

Pancracio. Válgame Dios, cómo llora. Si tendrá alferesía....

Gregorio. Déjala, ¿qué le ha de suceder?

Pablo. Ya la está paseando mamá.

Pancracio. (yéndose). Con tu permiso, Gregorio, voy á ver qué le ha sucedido á esa niña.

Gregorio. Muy bien, todos me dejan. Es el exceso de la cortesía. Pero aproveché-

monos de su ausencia y comamos. (Va á hacerlo á tiempo que Pablo le tira en el ojo una bola de pan). ¡Ah bruto! ¿será posible que no esté vd. un instante sosegado? ¿ó se figura vd. que eso es una gracia?

Pablo. Tengo buena puntería, ¿no es verdad? (Vuelven Pancracio y Guadalupe, quien trae á Virginia en los brazos).

Pancracio. Ya estamos aquí. Quién sabe qué tiene Virginia; óyela cómo grita.

(Virginia grita, Pablo continúa tirando bolas á Gregorio, Guadalupe canta).

A la rorro, niña,
y á la rorro ya,
porque viene el coco
y te comerá.

Pancracio. (gritando y golpeando la mesa). ¿No hay quien sirva aquí? ¿No hay mujer alguna que sirva esta mesa?

(En medio de la confusión escabúllese Gregorio, y corre hasta llegar á su casa).

Pedro. Ya está vd. aquí, señor amo?

Gregorio. (derribándose en una silla). Sí, hombre, y muerto de hambre.

Pedro. Yo creí que estuviera vd. repleto.

Gregorio. De sal y vinagre, que son el regalo de los de esta ciudad.—Busca algo que manducar, que ya me muero.

Pedro. ¿Pues los camellos no se están tres días?....

Gregorio. Vuela, y trae algo que comer;

y ruega á Dios que no esté rancia la comida, porque tras un mal nos vienen ciento.

Pedro. (saliendo). Así es la verdad, y por eso dice aquel refrán: Bien vengas, mal, si vienes solo.



NETZULA

—

11

Don JOSE MARIA LAFRAGUA.